

# O'Neill, desolado y crepuscular

Alex Rigola estrena 'Largo viaje hacia la noche' en el Teatro de la Abadía de Madrid

SANTIAGO FONDEVILA  
Madrid

**A**l apagarse las luces y sobre el melancólico sonido de unas cuerdas de guitarra, la gran sábana desaparece dejando al descubierto un habitáculo rectangular con mobiliario corriente y sumergido en la penumbra. Esa es la casa de los Tyrone en la que Alex Rigola desarrolla su adaptación del drama autobiográfico de Eugene O'Neill (1888-1953), *Largo viaje hacia la noche*, que se estrenó el jueves en el Teatro de la Abadía de Madrid. Un estreno con el que el director abraza con delicadeza el realismo de un texto que han interpretado actores de la calidad de William Hurt (debutó en el teatro con esta obra), Jessica Lange o Vanessa Redgrave, y en el que el propio autor se autorretrata en el papel de Edmund (Oriol Vila).

Rigola ha reducido la duración de la obra de cuatro a dos horas, desechando lo que considera ciertas reiteraciones y eliminando el papel de la sirvienta. La adaptación acerca la familia Tyrone a nuestra realidad desposeyéndola de cualquier destello de glamour, de cualquier asomo de belleza o señorío (como se ha tratado esta obra en otras ocasiones, por ejemplo, en el montaje del Dramaten de Estocolmo) y cambiando palabras o referencias por otras más actuales. Los Tyrone son una familia de la clase media que pasa el verano en una casa básicamente vulgar en una urbanización de alguna ciudad norteamericana, y el espectador asiste al ocurrir de un día desde la mañana hasta la madrugada en el que será un viaje desde el interior de cada uno de ellos. Un viaje más corto que el original pero una adaptación muy fiel a aquél, lejos de las que el mismo Rigola ha hecho con, por ejemplo, *Ricard III*, que respeta escrupulosamente el



Mary Tyrone (Mercè Arànega), James Tyrone (Chete Lera) y Edmund (Oriol Vila)

realismo de un drama que camina despacio y que tiene que captar la atención de los espectadores por los sucesivos enfrentamientos verbales entre unos seres humanos rotos.

El camino que construye Rigola está impregnado desde el primer diálogo entre el padre, el frustrado y avaro James Tyrone (Chete Lera) y su mujer, víctima de los malos médicos y de la morfina, Mary (Mercè Arànega), aparentemente trivial, de una tristeza desoladora, de una atmósfera crepuscular que se mantiene a lo largo de toda la representación y obliga a los intérpretes a un ejercicio de contención de los sentimientos de los personajes. Como la misma luz del día que debe ir apagándose, en el montaje de Rigola todo es mínimo desde el anochecer hasta las accio-

nes físicas sin que haya contacto entre los intérpretes prácticamente en ningún momento. El planteamiento es pues radical en la esencia y la forma y abrumadoramente asfixiante. Supone, además, un riesgo mayor para lograr que el drama avance al ser tan explícito desde el inicio, si bien los silencios y las palabras no dichas mantienen el suspense y la tensión. En esa atmósfera funeraria, el vaciado emocional del autor sigue teniendo vigencia porque cuántas mujeres añoran el hogar cuando ya lo han perdido para siempre, cuántos jóvenes como Jamie Tyron (Israel Elejalde) se lanzan en manos de alguna droga, en el caso de los Tyrone es el whisky, por falta de comunicación y al sentir frustradas sus expectativas familiares y sociales. Va-

so a vaso, sorbo a sorbo, los Tyrone muestran cómo la vida les ha marcado y que ni siquiera el amor puede imponerse sobre lo ocurrido.

Esa magnífica caja-casa rodeada de negritud (espacio escénico de Max Glaenzel y Estel Cristià), con cuya aparición iniciamos esta crónica, tiene bastante en común con la pecera que usó Rigola en la primera parte de *Glengarry Glen Ross*, de

*Mercè Arànega, Chete Lera, Oriol Vila e Israel Elejalde componen el reparto de este gran drama*

David Mamet, y posteriormente en *Santa Joana dels escorxadors*, de Bertolt Brecht, y es un paso más dentro de un concepto sobre el que también trabajó en *European house*. De hecho, podría pensarse que *European house*, espectáculo sin palabras basado en *Hamlet*, estrenado en noviembre en el festival Temporada Alta de Girona, tiene que ver con *Largo viaje hacia la noche* en la medida en que en una y otra el espectador mira la tragedia de una familia encerrada en su metafórico hogar. Familia y sociedad son, además, los dos ejes sobre los que Rigola ha construido parte de su discurso dramático en los dos últimos años.

Espectáculo donde las palabras son poderosas, Rigola ha escogido un tempo verbal sin grandes altibajos y en tono casi balbuceante en varias ocasiones, problema que a buen seguro debieron notar los espectadores de las últimas filas de la sala San Juan de la Cruz del Teatro de la Abadía. *Largo viaje hacia la noche* es la segunda experiencia de Alex Rigola en este teatro (*Ubú rex*, de Alfred Jarri, 2002) y es posible que pueda verse en Barcelona la temporada que viene. ●